

A black and white reproduction of a portrait painting by Peter Paul Rubens. The subject is a man with thick, curly hair, looking slightly to the left. He is wearing a dark, heavy coat with a large, ornate shoulder piece. The background is dark and textured.

William Lamport o la rebelión de un solo hombre*

Stephen Murray Kiernan

w

WILLIAM LAMPART —O GUILLEN DE LAMPART— fue finalmente ejecutado en la insoportable agonía del fuego en 1659. Este hombre fue una espina clavada por mucho tiempo en el costado del Santo Oficio novohispano. Hay testimonios, sin embargo, que afirman que Lampart logró estrangularse antes de que las llamas pudieran matarlo lentamente devorando sus pies, piernas y su torso. William Lampart había pasado casi las últimas dos décadas de su vida en las miserables cárceles de la institución religiosa, excepto por un breve periodo a la mitad de su prisión —y que sólo comprendió algunas horas— en el que pudo escapar y, gracias a una terquedad extraordinaria, dejar avisos casi ilegibles proclamando la corrupción y los engaños de los oficiales de la Inquisición. Esto habla por sí solo de un hombre al que vale la pena conocer.

Nacido en el bello condado de Wexford, en el seno de una familia católica de cierta importancia y riqueza, parece haber tenido desde el inicio una fuerte ambición y, quizá, un poderoso sentido del destino. Por los modelos de su época y los edictos y persecuciones en contra de los católicos por los poderes coloniales ingleses, Lampart había recibido educación de sacerdotes en Irlanda, primero, y en España, después. Fue ese sentido del destino lo que lo llevó a viajar de su país natal hacia la capital del reino, Londres, donde siendo todavía adolescente tuvo problemas por un documento en donde apoyaba la insurrección católica: William Lampart nunca perdería su capacidad de sedición.

Después, por una necesidad existencial de abandonar Inglaterra, partió rumbo al Canal de la Mancha, en donde su embarcación fue retenida por piratas. Inteligentemente, escogió unirse a los corsarios en vez de regresar a Inglaterra. Hay evidencias de que causó tan buena impresión entre sus nuevos colegas que pronto fue ascendido entre la jerarquía filibustera. El hecho de que lo haya logrado tan rápidamente siendo tan joven e inexperto da, de nuevo, la impresión de un hombre notable.

Al final eligió abandonar el peligroso y claustrofóbico oficio de la piratería y eventualmente llegó a España. No hay duda de que poseía habilidad, carisma y cierta facilidad para los idiomas, así que entró rápidamente al servicio del gran poder católico de Europa. Ahí se le encomendaron tareas importantes por servidores cercanos al rey e incluso por el primer ministro. Al mismo tiempo, Lampart se había

* Traducción de Jesús Francisco Conde de Arriaga

hecho de una esposa con la que tendría una hija (ambas víctimas inocentes de esta historia que desaparecerían en el anonimato).

Para este tiempo, William Lamport había ya demostrado que podía realizar su trabajo eficientemente sin necesidad de alertar a los enemigos de sus amos. A finales de la década de 1630, se le encomendaron tareas de cierta relevancia en las recientemente descubiertas posesiones reales: la Nueva España. Fue enviado junto al representante del rey, el virrey, así como junto al nuevo obispo de Puebla, don Juan de Palafox y Mendoza, quien con el tiempo se convertiría en un feroz crítico de toda la corrupción establecida y disfrutada por los religiosos a la orden del rey, arropados por la distancia y la casi autonomía del nuevo imperio. Sin embargo, el obispo fue afortunado: en lugar de ser encarcelado, tuvo la protección de su investidura y fue enviado de regreso a España.

La inquisición novohispana era un estado dentro de otro estado, con un poder establecido que rivalizaba con el del virrey y su régimen. A William Lamport se le encomendó la protección en general del catolicismo en la región y, de ser necesario, la eliminación de protestantes, judíos —tanto conversos como practicantes— y los católicos menos afines al sistema. La motivación central para perseguir a esta gente, y un elemento imprescindible para decidir cómo tratar con ellos, era su riqueza y su poder. Muchos miembros de la inquisición asumieron que tenían la libertad de perseguir a sus enemigos —y su dinero— al amparo de sus funciones eclesiásticas para defender la religión católica, así como la paz y estabilidad de Su Majestad. Como el obispo Palafox, Lamport observó la hipocresía que en ellos residía.

Como se podría pensar, Lamport fue identificado a su llegada como un extranjero sospechoso que tenía empresas secretas encomendadas por los enemigos de la iglesia católica en las nuevas tierras, por ello fue vigilado desde el principio, y su increíblemente torpe intento de motivar una sedición entre los indígenas, los negros y los criollos entre 1641 y 1642 le dio a la Inquisición la excusa perfecta para encerrarlo.

Un insignificante hombre con un relativo apoyo de las autoridades en el palacio virreinal y en Madrid sería por años un limbo creado por el poco interés político y la autoridad religiosa que probablemente se preguntó por un largo tiempo cómo lidiar con este irlandés sin enfadar a sus superiores. Así, Lamport pasó todos esos años en esa vida oscura, maloliente y monótona quebrantadora de espíritus de la prisión religiosa

¿Qué podemos deducir de la personalidad de alguien que tuvo que soportar diecisiete años de prisión en un lugar inhumano, con mala comida, sin diversiones y constantemente vigilado tanto por compañeros de presidio como por sacerdotes? El trabajo que le había sido encomendado era señal inequívoca de su destreza, confiabilidad y congruencia. La pregunta de si cumplió con éxito su trabajo es obviamente un asunto distinto; podría decirse que los hombres de su tipo eran sólo peones en un gran juego de ajedrez, no para ser reconocidos o brindarles ayuda, como en este caso. Para los tiempos modernos, William Lamport tuvo una vida corta, pero el medir su vida como una simple suma de meses y años es trivial, si no tomamos en cuenta lo que hizo, vivió, logró y sufrió. De cualquier modo, lo que vivió fue bastante para la esperanza de vida promedio del siglo diecisiete.

Sin embargo, William Lamport definitivamente no era un dechado de virtudes, solía ficcionalizar su vida y relaciones familiares para ser considerado más importante, tal vez tanto para sí mismo como para otros, hasta el grado de mitologizarse. Esta tendencia parece haberse incrementado por su desesperación de estar prisionero. Incluso llegó a afirmar que era medio hermano del rey de España. No obstante, no es esto lo que lo hace históricamente relevante, sus escritos contienen lo que para el lector moderno son proclamas ejemplares que hablan de la igualdad de las razas, la restitución de las tierras robadas y de los privilegios —tanto de la nobleza como para los demás— a los indígenas, y el apoyo para la raza negra, un grupo que en ese tiempo comprendía un porcentaje mayor de la población que la de hoy en día. Y esto puede relacionarse con el panorama irlandés: las



Lamport como diplomático, boceto inacabado por Anton van Dyck, 1635

viejas familias gaélicas fueron despojadas de sus tierras y de su posición social, sin la libertad de expresarse en la vida política o religiosa de su tiempo.

Los españoles reconocieron la importancia de recibir a los irlandeses desconsolados, brindándoles educación en escuelas especiales y empleándolos como soldados, siervos y espías. Sin embargo, William Lamport, incansable irlandés, fue más allá: redactó una proclamación de independencia con un claro énfasis en la soberanía popular con un monarca con poder limitado a la cabeza —y de aquí viene el cuento de que él era medio hermano del rey y, por tanto, un candidato apto para el cargo—.

Por un lado, se puede reconocer a William Lamport por señalar las injusticias que atestiguó en la Ciudad de México, y por el otro, no se puede negar su ingenuidad al pensar que en ese tiempo una gran parte de la población no sólo quería un país que mantuviera su propio control político y económico, sino que estaba lista y deseosa de luchar para alcanzar esto. Es importante recordar que el hijo de dos irlandeses, el virrey Juan O'Donojú y O'Ryan, firmó el Acta de Independencia de México ciento sesenta y dos años después de la muerte de Lamport, aunque se rumora que el virrey fue envenenado por órdenes de Iturbide poco después de la consumación y murió como Lamport, primero, y los soldados del Batallón de San Patricio, después. ¿Un mártir irlandés más de la Independencia Mexicana? **▲▲**